

# A PROPÓSITO DE UN ESTILO PEDAGÓGICO

Escuela de Aprendizaje "San Valero"  
Zaragoza.

(Jesús M<sup>a</sup> González Herrán)

## TEMÁTICA

Nota aclaratoria.....	pág. 02
Fines de la Escuela Diocesana.....	pág. 03
Exigencias de una Formación Integral.....	pág. 07
Puntos de Orientación.....	pág. 10
Bibliografía (documentos).....	pág. 19
Bibliografía (Autores y Obras).....	pág. 20

Este documento se redactó hace bastantes años (1974) con vistas a plasmar un estilo pedagógico, en una escuela que intenta explicitarse como cristiana mediante la vida. No se trata, pues, de un ideario. Es un conjunto de cuestiones, reflexiones y perspectivas a tener en cuenta, que constituyen un ensayo siempre permanente en un esfuerzo para apuntar hacia un humanismo cristiano.

Se inspira en el encuentro paciente de Dios con su pueblo. Dios no se impone, se ofrece desde la libertad y tiene infinita paciencia con los fracasos del hombre a lo largo de toda la historia. La historia de la salvación encarna el encuentro del que es testigo la Iglesia. La pedagogía divina habla desde el encuentro discreto que se ofrece en la libertad y que no se impacienta por el ritmo pausado de la humanidad. Anunciar el encuentro salvador con Jesucristo de manera creíble pasa por presentar los valores auténticos que verdaderamente llenan al hombre y lo hacen feliz, encarnados en la realidad.

Esta es la convicción fundamental que Jesús Mari traslada a la praxis pedagógica. Esta es la intuición que debemos comprender y asumir para poder recrearla desde la fidelidad a sus principios. Esta es la idea que se manifiesta en el esfuerzo común por responder a las esperanzas de los alumnos que se acercan a Nuestra Escuela: el encuentro.

No puede haber acción auténticamente educadora sin el encuentro entre educador y educando. Todo el ámbito educativo ha de ser facilitador de la dinámica del encuentro. Por tanto en la concepción de nuestra escuela y de nuestro estilo, cuando se cruza la puerta de entrada todo es susceptible de convertirse en un acto educativo, todas las personas son educadores y todas las infraestructuras que la sostienen están en función de la acción de educar y descubrir al otro como único. Todo se encamina al encuentro y la profundización inacabable en él. Este encuentro abre su puerta desde la admiración. Admiración a la persona del educando, de lo que hoy es y de lo que un día puede llegar a ser. Admiración en el descubrimiento asombroso de la veta luminosa que esconde cada ser humano.

El encuentro que propone "A Propósito de un Estilo Pedagógico" no es una técnica pedagógica ni una estrategia porque se funcionaliza y deja de ser auténtico. El encuentro se justifica por sí mismo. El encuentro es un ofrecimiento, no puede entenderse pues sin la libertad de ser elegido o rechazado. Anima la libertad responsable, espera siempre -en la Esperanza y en la desesperanza-, acoge siempre... El encuentro se nutre de la vida y de las rutinas cotidianas de la escuela y de las tensiones que esta genera. El encuentro no es blandura, no es consentir, ni dejar hacer ni dejar pasar todo. La disciplina y la firmeza forman parte del encuentro si se ejerce desde la autoridad auténtica, desde la auctoritas, y no puede ser reforzada con castigos impuestos ni humillantes. No se puede ejercer una labor educadora y liberadora que gire alrededor del miedo.

El encuentro sitúa en un primer plano la solidaridad, la colaboración, la donación; deja de lado, aleja y excluye la competición. El encuentro desecha el poder -que es dado y se impone- y abre la puerta a la autoridad -que es una conquista y la tiene que conceder el educando- y está desprovista de cualquier actitud que desprenda humillación. El encuentro refuerza la autoridad si está presidido por la libertad y el amor, no en el discurso y en las palabras huecas sino desde lo verdadero y existencial. El encuentro y la acción educadora es una llamada permanente a la autenticidad. Ser buenos maestros y buenos educadores. Educar es encarnar verdades. Requiere por tanto el ejemplo de vidas plenas, no perfectas pero sí auténticas. Desde esta pedagogía la persona es la medida de todas las cosas. El encuentro para educar no es veraz si no se rompe la espiral de la desconfianza y el miedo que generan las actitudes prepotentes. Nuestros alumnos en este mundo de inseguridades y de cambios permanentes necesitan verdades para afrontar la vida con éxito. Es el encuentro con el tú no masificado, único e irrepetible. Nadie es excluido de este modelo educativo y nadie está llamado al fracaso. Todos tenemos capacidad para crecer, para triunfar, para Ser

"Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" (Mt, 5, 48)

## **FINES DE LA ESCUELA DIOCESANA**

-Comencemos por exponer los fines generales que ha de plantearse nuestra Escuela a la luz del Concilio Vaticano II, como punto de partida para nuestra reflexión y, a la vez, como meta a conseguir para nuestro propósito.

"La presencia de la Iglesia en el terreno escolar se manifiesta de un modo especial por la Escuela Católica. Esta persigue, no en menor grado que las otras escuelas, los fines culturales y la formación humana de la juventud. Le es propio crear un ambiente en la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad, ayudar a los adolescente para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva creatura que han sido hechos por el Bautismo, y ordenar últimamente toda la cultura humana según el mensaje de la Salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre. Así pues, la Escuela Católica a la par que se abre como conviene a las condiciones del progreso actual, educa a sus alumnos para conseguir eficazmente el bien de la ciudad terrestre, y los prepara para servir a la difusión del Reino de Dios, a fin que con el ejercicio de una vida ejemplar y apostólica sean como el fermento salvador de la comunidad humana".

(Gravissimum Educationis, 8).

- En resumen, y según la doctrina conciliar, podríamos deducir como sigue la doble finalidad de nuestra Escuela:

-Finalidad genérica, común a cualquier otra clase de Escuela de Formación Profesional: educar. Esto requiere formar buenos técnicos en las diversas ramas y familias profesionales cuya enseñanza imparte, y también ayudar a integrarse en la sociedad a una juventud lo mejor preparada que se pueda, en sus criterios y en su acción.

-Finalidad específica como Obra Diocesana: educar cristianamente; lo cual implica -según el Concilio- crear un ambiente animado por el espíritu de libertad y caridad, que infunda sentido cristiano al trabajo, técnica, cultura y vida de nuestro alumnado.

-En cuanto a la finalidad genérica de la Escuela Profesional de San Valero, no admite ningún género de dudas ni aclaraciones. El mismo Concilio, añade casi a continuación:

"Recuerden los maestros que de ellos depende sobre todo el que la Escuela Católica pueda llevar a efecto sus propósitos e iniciativas. Por lo tanto prepárense con especial cuidado para conseguir la ciencia profana y religiosa avalada por los títulos convenientes, y posean el arte de educar conforme a los descubrimientos del tiempo que va evolucionando".

(Gravissimum Educationis, 8).

-En este sentido, de cara a la competencia profesional y a la preparación didáctica, psicológica y sociológica, todo cuanto realicemos nos ha de parecer todavía superable.

-En lo referente a la finalidad específica, debemos detenernos en el contenido vital de dos palabras esenciales -libertad y caridad- que menciona expresamente el Concilio y que, por otra parte, en los tiempos actuales se nos presenta como adulteradas o, por lo menos, como términos equivocados:

### **a)- Libertad:**

"A menudo -afirma Jean Vimort- la sola palabra 'libertad' nos asusta. Enseguida se nos viene encima al pensamiento la libertad para hacer no importa qué cosa, el amor libre, el dejarse llevar, la anarquía...Pero no es cierto que los jóvenes, en lo más profundo de ellos mismos, deseen esa libertad deformada y sin control de ninguna clase. Es tal vez debido a que no hayan encontrado la verdadera libertad o no se les haya dado posibilidad para ello, por lo que muchas veces se lancen en experiencias aventuradas de vida desbordante, sin control y sin freno.

Los jóvenes tienen a menudo la impresión de que la vida está canalizada por un conjunto de reglas que les guían como los raíles al tren: las cosas permitidas y prohibidas están ya determinadas; lo que hay que hacer está indicado en una especie de código minucioso; su vida está hecha de antemano; todo está programado.

Por su parte, los educadores parecen haber establecido para ellos, con el apoyo de toda la sociedad, un plan que los jóvenes pueden sentirse asimilados a las piezas de una gigantesca máquina, y Dios sería como el ingeniero principal, la autoridad suprema de esta máquina perfectamente montada. ¿Cómo poner un poco de aire, de vida, de libertad, de creatividad en este sistema educativo?

Muchos educadores, no atreviéndose a mantener un conjunto de prescripciones tan pesadas, experimentan un cierto desconcierto, comienzan a dudar de todo y descuidan incluso puntos de importancia. Lo cual no es una solución, pues, para ser libres, tiene una necesidad de apoyarse sobre algo que tenga solidez...

¿Podríamos conciliar estas dos cosas: ser fiel fundamentalmente a la exigencia esencial y poner en juego plenamente nuestra libertad en la elección de la actitud práctica?"

(Jean Vimort; "Miser sur la liberté").

-A veces da la somera impresión de que en el ámbito escolar se especula con la libertad, confundiéndola en ocasiones con la anarquía o escogiéndola como el chivo expiatorio para cualquier momento de confusión. Hay unos principios de respeto y comportamiento que no pueden quebrantarse en nombre de no sé qué supuestos falsos condicionados al libertinaje. Pero también es cierto que para lograr la madurez de la responsabilidad es preciso la aceptación de una libertad básica y graduada.

## **b)- Caridad:**

Escuchar esta palabra e imaginarse al mismo tiempo una especie de débil gazmoñería, de consentimientos mal entendidos, de estorbo para medir la justa equidad, constituye para muchos (sobre todo, jóvenes) una impresión inevitable. Andre Brien, al estudiar el ideal de caridad que suele deducirse de la formación impartida en algunas escuelas, hace unas profundas reflexiones dignas de mención:

"Esto se realiza a veces con unas crisis terribles en las que no sólo está comprometida la fe, sino el ideal de vida del joven. ¿Se da igualmente, más allá del rechazo a la disciplina escolar o de cierta figura de la Iglesia, un desprecio del ideal de la misma caridad o, al menos, de la sujeción que implica el enfrentarse con los otros y con Dios? Cuando se han vivido escenas de rebeldía de este tipo, se comprende por qué, en las obras como las de Nietzsche, la caridad es presentada como un signo de debilidad y el último enemigo que debe abatirse para permitir al hombre llegar a ser sí mismo.

Este desprecio, que unos jóvenes sienten hacia el ideal de caridad, no es más que uno de los aspectos de la Moral cristiana que no soportan. Ello obliga a una revisión de la formación moral dada en las escuelas cristianas...

De hecho, a través de los siglos, las nociones del deber, de sanción, de orden moral, eran el núcleo de la formación cristiana; pero poco a poco, se ha impuesto un interrogante: ¿este tipo de educación no es una infidelidad a la esencia del cristianismo? El cristianismo, en efecto, no es un orden moral, sino un misterio, el misterio de Jesucristo muerto y resucitado, fuente de nueva vida para los hombres... Hace falta, pues, tener, en este punto, convicciones claras. Para adquirir estas convicciones hay que recordar los lazos que existen entre la moral y la imagen del hombre o de Dios, y sacar seguidamente unos principios de formación moral y unas aplicaciones pedagógicas para los adolescentes.

En el último siglo, la doctrina cristiana ha sufrido en su presentación una especie de desvío de origen Kantiano. No se trata aquí de un desarrollo del proceso de Kant, sino sobre todo de una vulgarización triste y severa de su doctrina, según la cual los valores se imponen de forma absoluta, sin referencia alguna a la realidad. El hombre debe observar los imperativos de su conciencia al serles presentados por la razón, llegando así el deber a categoría fundamental. Estos imperativos son el dictamen de la razón práctica, que empieza a existir desde el momento que uno se esfuerza en ponerse en acción. Se les puede observar o pasar desapercibidos. Si se les observa, se obra conforme a la naturaleza racional; de lo contrario uno se degrada...

El hombre de Kant, como el de Descartes, vive en un instante. No es un ser de deseos, es un ser acabado que puede, con una serenidad maravillosa, orientar su acción por puros motivos de respeto a los imperativos morales. Sin embargo, el ser humano vive en la búsqueda de la felicidad. Hasta tal punto, que conocer sus deseos es conocerle ya; despreciar su esperanza es despreciar un aspecto fundamental de su corazón. El hombre busca los bienes que puedan dar plenitud a su esperanza; es, por tanto, un proyecto constante de futuro.

Cuando se presenta el problema de esta forma, el aspecto de la moral cambia; ya no centra su preocupación en anunciar los valores y su carácter imperativo; su preocupación consiste en presentar los bienes, en mostrar en qué aspectos son beneficiosos y capaces de responder a las esperanzas del corazón humano".

(André Brien; en "Le monde technique, l'école et la foi")

-Esta es, en esencia, la interpretación de ese espíritu de caridad del que habla el Concilio: frente a la falsa concepción de un signo de debilidad que malconsiente todo, el esfuerzo común por responder a las esperanzas de una juventud, en todos los órdenes. (Y si esto, en la conciencia individual de cada uno de nosotros, responde a motivaciones teológicas, tanto mejor).

-Aceptar estos principios conciliares como bases de una disciplina escolar es un trabajo árduo pero posible, y digno de la vocación de verdaderos educadores. Es preciso crear para ello un clima sociológico propicio, predispuesto a la confianza y a la convivencia entre diversas generaciones, hasta donde sea factible. En este sentido se pronuncian los entendidos desde el punto de vista psicológico. Dice por ejemplo, D. Juan José López Ibor, al tratar del problema educativo:

"Cada vida humana necesita para realizarse, absorber su partícula, grande o chica, de verdad. ¿Cómo podemos llegar a tectar la verdad? ¿Cómo podemos asimilar tantos conocimientos o verdades?. El movimiento inicial debe proceder de una relación de confianza. Para caminar sin temor, o con el menor temor posible hacia el futuro, necesitamos confiar en aquellos que corrieron previamente el camino. La experiencia original de descubrir por primera vez qué es peregrinar por el mundo, solo puede hacerla Adán. Gaspar Hauser simboliza la peregrinación del hombre actual sin ayuda. Al complejo de Edipo ha sucedido, en valencia histórica, el de Gaspar Hauser. Nadie sabe de dónde vino, ni él sabía a dónde iba. Apareció un día en la feria de la ciudad de Nüremberg, completamente sólo, desvalido. No sabía nada de sí mismo. Y pasó por la vida como alguien condenado, desde el primer momento, a una existencia anónima y sin consistencia personal...

La transmisión de la experiencia es la educación. El ser humano tiene la necesidad de ser educado, a pesar de que cuando joven haya querido rebelarse. De lo contrario, no hubiese pasado del paleolítico. La educación, principalmente, no consiste en aprender unos conocimientos, sino en encarnar unas verdades. La educación sólo es posible con la convivencia espiritual entre quien está más allá y el que está más acá en la búsqueda de la verdad. Por eso toda la educación es siempre ejemplar. Ni el padre, ni el maestro, son funcionarios educativos. La verdad no admite funcionarismo, quiere vidas plenas entrañadas en la tarea inmensa, inagotable, de dar sentido a las vidas que empiezan.

Continuamente se habla del fenómeno de las masas como característica de nuestro tiempo histórico, pero el peligro no consiste en que aumente el número de habitantes del planeta, sino en la 'masificación' del espíritu. Este peligro lo corre, aunque parezca paradójico afirmarlo, la ciencia actual. Se está operando una verdadera 'masificación' de conocimientos que pone en crisis cualquier experiencia pedagógica desde la escuela primaria a la universidad. Y de la misma manera que el acúmulo de excitaciones cansa y provoca fastidio, el acúmulo de conocimientos sumados, amontonados, fatiga al escolar y le impide rendir su tarea".

(Juan José López Ibor; "Carta al padre").

## **EXIGENCIAS DE UNA FORMACIÓN INTEGRAL**

-Y no debe preocuparnos demasiado la prioridad cronológica de los valores formativos de nuestros educandos. Porque una posible prioridad -formemos, por ejemplo, primero al técnico, y después al hombre y más tarde al cristiano- podría discutirse en el terreno lógico. Pero en el orden real, la elevación de la persona concreta, no constituida por compartimentos estancos, debe ser simultánea en ese esfuerzo por "ordenar últimamente toda la cultura humana según el mensaje de salvación" (Gravissimum Educationis, 8). Lo expresa simple y profundamente Teilhard de Chardin:

"Dicen unos: Esperemos pacientemente a que Cristo vuelva. Y los otros: Más bien, acabemos de construir la Tierra. Y piensan terceros: Para apresurar la Parusía, acabemos de hacer al hombre sobre la Tierra".

(Teilhard de Chardin; "L'Avenir de l'homme").

-Esta tercera concepción -la verdaderamente teilhardiana- es la que se ofrece más plenamente acorde con la filosofía cristiana de la educación porque desea garantizar simultáneamente el esfuerzo humano y el crecimiento en la visión teológica de la existencia.

-La conferencia del Episcopado Español, a través de la Comisión de Enseñanza y Educación Religiosa, se plantea el problema educativo concretado bajo esta misma perspectiva. En el Documento titulado "La Iglesia y la educación en España, hoy", la Comisión Episcopal se ha manifestado detalladamente en los siguientes términos, en un capítulo dedicado a "Instituciones y Personas":

"Ya Pío XI afirmaba que 'las buenas escuelas son fruto no tanto de las buenas legislaciones, cuanto principalmente de los buenos maestros' (Divini Illius Magistri, 55). Si el educador se propone de verdad formar personas, será necesario, ante todo, que el propio educador ofrezca a los alumnos el ejemplo del hombre y del cristiano que sus educandos están llamados a construir por sí mismos.

El educador ha de estar atento a las necesidades y aspiraciones del alumno, a sus problemas, a su vida, a sus centros de interés. Ha de saber responder a la curiosidad y deseo de información que tiene el educando, a su necesidad de actividad y expresión, de diálogo, de afecto y de sociabilidad. Ha de saber despertar la iniciativa del alumno; en un clima de confianza, ha de ayudarle para que descubra sus propias capacidades y las desarrolle; ha de estimularle poco a poco a que él, por sí mismo, vaya realizando su propia formación, vaya ganando en autonomía psicológica y en capacidad creadora. Un educador de las nuevas generaciones debe aparecer como un hombre cuyo ideal de vida humana y cristiana esté abierto a los valores nuevos y que a su vez los posea iluminados por los valores evangélicos.

El principio inspirador de una pedagogía consecuente con el concepto cristiano del hombre, ha sido formulada por Pablo VI en la Encíclica "Populorum Progressio", en estos términos: 'El hombre no es verdaderamente hombre más que en la medida en que, dueño de sus acciones y juez de su valor, se hace él mismo autor de su progreso, según la naturaleza que le ha sido dada por su Creador y de la cual asume libremente las posibilidades y exigencias' (34). No se puede considerar como meta suprema de la acción educativa el futuro éxito profesional del alumno, el éxito escolar de las calificaciones y diplomas, el éxito social del prestigio, el éxito económico que deriva de una superación técnica, o de unas relaciones con compañeros socialmente cualificados, el triunfo continuado en la carrera de exámenes y oposiciones, o los primeros puestos en la competición académica. Se pueden conseguir todas estas metas, habiendo fracasado en la meta fundamental que es la formación de la persona humana.

La actitud de diálogo en las relaciones profesor-alumno y el esfuerzo para suscitar la iniciativa y la actividad personal del alumno según su capacidad, son condiciones indispensables para lograr otra meta fundamental de toda educación cristiana: el intento de conseguir que el centro escolar sea una auténtica comunidad. Tanto más difícil cuanto en la sociedad moderna y en los mismos centros educativos se divide más y más el trabajo especializado, y se multiplican los grados de cada especialización.

En orden a la creación de una verdadera comunidad humana, en el centro escolar, será preciso revisar aquellos procedimientos que se apoyan en un sistema pedagógico de emulación selectiva, de autoritarismo, de paternalismo, de simple repetición, de enseñanza predominantemente magisterial, o de excesivo teoricismo.

Cuando hablamos de educador cristiano, no nos referimos propiamente al educador que toma directamente a su cargo la formación religiosa. Aludimos más bien al que se propone unos objetivos pedagógicos y profesa unos métodos de educación que se inspiran en el concepto cristiano del hombre, aun cuando la enseñanza y la tarea educativa de la que se responsabiliza no se refiera a disciplinas directamente religiosas. Si el educador es cristiano, es lógico que incluya en su proyecto de educación integral la dimensión religiosa y cristiana de la totalidad de la vida humana.

Para una educación cristiana es de importancia suma que el educador haya logrado en sí mismo la unidad de una vida auténticamente humana y perfectamente radicada en Jesucristo. El educador cristiano debe dar testimonio de su fe. Condición indispensable de este testimonio de fe es la competencia profesional, el espíritu de servicio desinteresado a los alumnos, la actitud de diálogo y de respeto".

(Comisión Episcopal de Enseñanza: "La Iglesia y la educación en España, hoy", 41 y 42)

-La cita de este documento nos da por sí misma una buena base para el estilo pedagógico de nuestra comunidad escolar. La Comisión Episcopal de Enseñanza ha explicado lo suficiente los requisitos mínimos en lo que se refiere a una pedagogía que se presente como consecuente con los principios cristianos, y ha puesto las condiciones indispensables que el educador, por el mero hecho de pertenecer a una escuela confesionalmente católica, debe reunir (al menos en su actitud externa, como miembro de tal institución). Resulta en verdad significativo que estos requisitos indispensables radiquen en virtudes profundamente humanas y en valores típicamente didácticos, pedagógicos y de relación social.

-Aparte de la competencia profesional (que, en nuestro Centro, se supone va suficientemente respaldada por el hecho de contar entre el profesorado con los títulos académicos necesarios en el orden a impartir las enseñanzas), la actitud de diálogo es la exigencia más claramente expresada ( y aún repetida insistentemente) por el Documento Episcopal. Es evidente que donde existe tal

actitud brotarán en consecuencia todos los otros valores positivos a los que se hace referencia: "clima de confianza, despertar de iniciativas, creación de una verdadera comunidad humana", etc., etc... y es lógico, además, que los errores que se nos proponen como procedimientos a evitar, la emulación selectiva, autoritarismo, paternalismo, teoricismo, etc... no quepan en el marco de un diálogo sincero.

-Una Escuela Diocesana es obra de la Iglesia, y por tanto se ve comprometida en la acción pastoral de facilitar en todo su conjunto el verdadero diálogo entre la Iglesia y el Mundo. Las características generales de este diálogo ya las perfilaba claramente Pablo VI en su Encíclica "Ecclesiam Suam".

-Se trata de predisponer a un diálogo:

-De salvación universal.

-Respetuoso de la libertad, no impositivo.

-Que tiene en cuenta la situación concreta: maduración psicológica, persona, ambiente, etc.

-Con concepto no aristotélico, sino interpersonal: que realiza una encarnación en la vida: desde fuera, no puede salvarse el mundo.

(Ecclesiam Suam, número 54 y ss.)

-Y aquí debe hacerse una aclaración: el hecho de que la Escuela se presenta como confesionalmente católica, hace que nuestro Centro se vea implicado en un modo concreto de concebir la religión. En el siglo pasado -por causas predominantemente históricas y cuya exposición desbordaría los límites de estas reflexiones- existió una fuerte tendencia a formarse de la religión una idea predominantemente cultualista. El creyente se identificaba con su Dios mediante el culto y buscaba su salvación individual en el misterio litúrgico. En nuestros días, y sobre todo a partir del Vaticano II, el concepto de religión cristiana va sellado de un signo eminentemente profético. Sin desprestigiar el culto como máxima expresión y exigencia de religiosidad, el hombre contemporáneo espera la salvación de la humanidad histórica, en la que él se ve insertado, mediante una plenitud de realización humana. El culto es para el amor, y no al contrario. En la concepción cultualista una escuela podría determinarse más fácilmente como cristiana a base de organizar una liturgia para el mantenimiento de una piedad individual de sus educandos. Pero en la genuina vivencia religiosa de predominancia profética, es toda la Escuela -su legislación, sus normas, su estilo de vida- la que ha de ser verdadero signo de fe en la salvación y elevación de la comunidad. Esta sería, sin duda, la mejor aportación de la Escuela a la tarea que el propio Concilio se impuso:

"El Concilio, al testificar y declarar la fe de todo el pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede demostrar de un modo más elocuente su solidaridad, respeto y amor hacia toda la familia humana a la que pertenece, que entablando con ella un diálogo sobre los diversos problemas, iluminándolos con la luz del Evangelio y proporcionando al género humano la fuerza salvadora que misma Iglesia, guiada por el Espíritu Santo recibe de su fundador. Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar".

(Gaudium et Spes, 3)

## **PUNTOS DE ORIENTACIÓN**

-Sobre este fundamento, pasemos ahora a desglosar algunos principios generales que favorecerían en nuestro Centro la actitud de diálogo. Evidentemente, las directrices de la Jerarquía no pretenden sustituir el contenido de las ciencias aplicadas a la educación, sino confirmarlo y sublimarlo. De ahí el testimonio de eminentes psicólogos, sociólogos o pedagogos -católicos y no católicos- vengán a coincidir con los requisitos que dicta la Iglesia como bases de preevangelización en sus escuelas.

-Según esto, parece que la Escuela Profesional de San Valero debiera realizar un esfuerzo conjunto por caminar:

### **1º.- Hacia una disciplina basada en el diálogo, y no en el castigo:**

No creemos que nuestras "Normas" hayan pecado de idealistas al suprimir los castigos típicamente tradicionales. En primer lugar, se supone que ningún profesor de nuestro Centro sea partidario del castigo corporal, más propio para un domador de animales feroces que para un educador de personas. Y todas las otras sanciones -copias, permanencia en la Escuela durante unas horas, etc.- se han sustituido, en último término por amonestaciones que, si se llevaran a cabo en un proceso previsto y con unanimidad de criterios, sería suficiente para salvar la mayor parte de las dificultades y resolver los pocos casos difíciles.

(Dicho proceso ya lleva consigo, si fuese preciso, unos pasos a dar de cara a la dirección y a la familia).

Superar las sanciones mediante el empleo de medios educativos más profundos, es un principio difundido por la psicología adleriana y que nos parece profundamente de acuerdo con una preocupación por las personas entrañablemente enraizada en una relación de respeto y eficacia; sólo que supone el conocimiento práctico de otros sistemas más eficientes, aunque menos cómodos para el educador:

"Para evitar que puedan surgir, en este punto tan importante, posibles interpretaciones equívocas, exponemos el siguiente ejemplo: Supongamos el caso del médico que asiste a un niño enfermo de difteria, cuya madre está muy preocupada por la fiebre del pequeño paciente. El médico se expresará, más o menos, de la siguiente manera: La fiebre, que no es más que un signo externo, no me preocupa demasiado. 'La enfermedad que se halla tras este síntoma es la difteria, y esto es lo que estoy intentando combatir mediante el suero'. Por consiguiente, el médico distingue con claridad el síntoma de la enfermedad que lo ocasiona. En la educación se impone algo parecido. La angustia, la terquedad, las cóleras súbitas, la tendencia a la pelea, el hacer novillos, la pereza, la mentira, etc., no son más que síntomas exteriores. La dinámica

de lo anímico nos ha mostrado que tras de dichos síntomas se esconde una enfermedad ocasionada por la carencia de sentimiento comunitario y un cierto desánimo. El que sólo ve la obstinación y procura vencer la terquedad del educando mediante castigos, actúa como si el médico se limitara a administrar quinina para reducir la fiebre, en vez de inyectar suero para combatir la enfermedad.

El educador o el consultor pedagógico adleriano puede oponerse al castigo, porque disponen de medios educativos que combaten, no los síntomas externos, sino el estilo de vida errado. Así podemos decir que la psicología adleriana no `priva simplemente al educador severo de sus medios educativos habituales dejándole entonces inerte, sino que, al mismo tiempo, le ofrece, en justa compensación, otros medios pedagógicos que actúan en profundidad, y que constituyen no sólo el primer paso para posibilitar una educación, sino que incluso la convierten en una tarea más fácil".

(Oscar Spiel; "Am Schaltbrett der Erziehung")

Estos otros medios se cifran, ante todo, en la verdadera toma de contacto:

"Por consiguiente, la primera y más necesaria condición de todo intento, por parte del educador, de influir pedagógicamente en las actitudes equivocadas, debe consistir en crear una atmósfera favorable a los contactos... Toda la personalidad del educador debe irradiar ánimo constantemente, pero no de modo que parezca que pasa por alto los errores y las actitudes erróneas del educando -ninguna psicología tiene menos propensión que la adleriana a perdonar los errores- sino procurando que éste extraiga una lección de sus faltas y que se valga de sus éxitos y de sus fracasos para construir su personalidad...

En este diálogo entre educador y educando, los interlocutores no asumen propiamente el papel de maestro y alumno, o sea, el de superior e inferior; no se presenta aquél como el modelo a seguir, imposible de alcanzar, y al que admira con devoción, sino que se ofrece como persona llegada a la madurez a través de alegrías y sufrimientos en el trato con otra generación, y que acepta de buen grado la ayuda, siempre que no intervenga un complejo de superioridad que la haga imposible...

¿Cree alguien que es preciso educar inmediatamente y en todo momento? ¿Cuándo acabará de comprender el mundo pedagógico que la influencia educativa carece de efecto si se evidencia la falta o la deficiencia del muchacho, pues con ello sólo se conseguirá que éste adopte una actitud hostil?"

(Oscar Spiel; obra citada).

Evidentemente, esta actitud hostil se produce en la mayoría de los casos en que interviene la sanción, pues ésta lleva consigo una valencia negativa que, con el tiempo, produce una repulsión frente al educador y todo cuanto pueda suponer la influencia positiva de la Escuela. Ya lo expresó llanamente San Juan Bosco en su pedagogía de corte popular:

"El sistema represivo puede impedir un desorden, pero difícilmente hará mejores a los culpables; y se ha observado que los jóvenes no olvidan los castigos infligidos y conservan rencor con el deseo de sacudir el yugo y aun de tomar venganza. Parece a veces que no se fijan, pero el que sigue sus pasos sabe que son terribles las reminiscencias de la juventud, que olvidan fácilmente los castigos de los padres, pero difícilmente los de los maestros".

(San Juan Bosco; "Ideario pedagógico).

Por otra parte, el procedimiento de la toma de contacto en función del bien comunitario, nos parece muy de acuerdo:

a) Con el avance actual de la psicología social. Erich Fromm, en su análisis de la potencialidad primaria del hombre, se expresa así:

"Entre las condiciones necesarias para el desarrollo de la biofilia, mencionaré los siguientes: cariño; relaciones afectuosas con otros durante la infancia; libertad y ausencia de amenazas; enseñanza -por ejemplo y no por prédicas- de los principios conducentes a la armonía y la fuerza interiores; guía en el arte de vivir; influencia estimulante de otros y respuesta a la misma; un modo de vida que es verdaderamente interesante. Lo opuesto a estas condiciones fomenta el desarrollo de la necrofilia: crecer entre gente que ama la muerte; carecer de estímulo; frialdad; condiciones que hacen la vida rutinaria y carente de interés; orden mecánico, en vez de orden determinado por las relaciones directas y humanas entre las personas".

(Erich Fromm; "El corazón del hombre").

b) Con la doctrina del Vaticano II:

"Los jóvenes ejercen en la sociedad moderna un influjo de gran interés. Las circunstancias de la vida, el modo de pensar e incluso las mismas relaciones con las propias familias, han cambiado mucho. Muchas veces pasan demasiado rápidamente a una condición social y económica nueva. Pero al paso que aumenta de día en día su influjo social e incluso político se ven como incapacitados para sobrellevar convenientemente esas nuevas cargas...

Procuren los adultos entablar diálogo amigable con los jóvenes, que permita a unos y a otros conocerse mutuamente y comunicarse entre sí lo bueno que cada uno tiene, no considerando la distancia de la edad".

(Apostólicam Actuositatem, 12)

Dado el gran número de alumnos matriculados en la Escuela y la imposibilidad material de tomar hondo contacto con todos (muchos profesores dan clase en seis grupos o más) las "Normas" han querido asignar un papel muy directo a los Profesores Encargados que más tarde, la nueva Ley de Educación denominó "Tutores". Pero la verdad es que su tarea se ve muy seriamente comprometida y expuesta a ser mal interpretada si el resto del profesorado no estuviera dispuesto a una verdadera actitud de diálogo con todo cuanto presupone:

"Las personas que no se dedican a la enseñanza difícilmente podrán imaginar la traba que presenta para nuestros esfuerzos y hasta qué punto peligran los resultados si otros maestros compañeros de la misma escuela perturban el trabajo con su modo de actuar inspirado en las mejores intenciones del mundo, pero distinto del que nosotros practicamos. Con ello queremos insistir también en que todo éxito sólo puede ser obra de una comunidad".

(Oscar Spiel; obra citada).

## **2º.- Hacia una metodología de participación activa y no puramente magisterial:**

Albert Ferrière, miembro del Instituto Rousseau de Ginebra y especialista en sociología de la enseñanza, se expresa de forma tajante al analizar el autoritarismo tradicional de la Escuela:

"¿Dónde se cultiva el espíritu crítica en la escuela? En el patio, en los recreos. Allí no constituye una falta hacer 'bromas' sobre el maestro. En clase hay que callar. Como se acepta que él es monarca absoluto, como la tradición implanta una disciplina inmutable, no hay crítica que formular: no serviría, no aportaría cambio alguno. Las raras reivindicaciones expresadas por ciertos alumnos irritan al maestro y son en general mal recibidas. Si pasamos del dominio de la vida colectiva al terreno del estudio la situación empeora. Allí es todavía menos permitido criticar, buscar, descubrir. El profesor dispensa la ciencia, una ciencia cierta, absoluta, depurada de todo error posible. No hay más que recibir, retener, asimilar. Después del maestro, se concede a la letra impresa la mayor autoridad. De ahí a creer a pies juntillas lo que publican los periódicos, no hay más que un paso y, a pesar de las apariencias con que uno se viste -¡soy un espíritu independiente!- ese paso se da bien pronto".

(Albert Ferrière; "L'ecole active").

Tal vez el cuadro descrito por esta situación escolar esté profundamente arraigado al espíritu individualista y teórico de la sociedad burguesa. Pero los tiempos cambian. Y las líneas pedagógicas aplicadas en las escuelas corren el riesgo de encontrarse desfasadas en una nueva civilización técnica que apunta en la Historia. Nuestra era es el tiempo en que predomina el concepto de verdad operativa y del equipo. Contra el profesionalismo liberal e individualista, se alza la exigencia de especialización en la colaboración; frente a la noción de intelectualismo contemplativo, se opone la verdad como instrumento de acción. Estas coordenadas históricas deben reflejarse en una escuela adaptada y poseedora de un mínimo de flexibilidad para no enquistarse en formas demasiado pasadas.

André Brien, después de treinta años de experiencia como delegado del arzobispado de París para el mundo escolar, ha realizado un serio estudio sociológico sobre estas cuestiones. Ofrecemos algunos párrafos que no necesitan comentario y cuyo contenido esencial está muy en consonancia con la estructura de un centro de Formación Profesional:

"Un humanismo técnico es un humanismo de acción. Una pedagogía que se contentara con sólo subrayar este valor de palabra, se anularía a sí misma y se expondría al ridículo. Para poder decir que se reconoce el valor de acción, es necesario actuar.

Esta constatación implica el problema de las estructuras de la enseñanza tradicional. Ésta situaba al alumno en una postura receptiva, esto es, de escucha y memorización de una lecciones magisteriales. Para que, dentro de una disciplina intelectual concreta, el dinamismo de la acción o las posibilidades de creación, iniciativa y ejecución del alumno sean estimuladas, hace falta que sean aplicados los distintos métodos de enseñanza.

Aquí radica el problema de los métodos activos. Su necesidad no responde únicamente a unas posiciones pedagógicas o a unas experiencias particulares, por lo tanto discutibles, sino

fundamentalmente a una exigencia de la mentalidad contemporánea... No toda enseñanza magisterial tiene que ser proscrita, pero una escuela que no hiciera esfuerzos para hacer más activos a sus alumnos, no sólo en el deporte o en sus horas de descanso, sino también en sus horas de clase, estaría condenada a perder el contacto con el pensamiento viviente. La cultura que daría, sería cada vez más estereotipada, tanto la religiosa como la profana. Por otra parte, la escuela católica debe ser homogénea en sus métodos y orientación. Esta homogeneidad se hace imposible y provoca una ruptura muy perjudicial, si emplea el método activo en las clases de instrucción religiosa y el tradicional en las profanas, o viceversa...

Los jóvenes de nuestra época desean no sólo actuar, sino que desean actuar de forma eficaz y útil. Quieren saber para qué sirven las materias que tienen que aprender. Esta exigencia intelectual nos parece a veces chocante porque contradice la contemplación desinteresada. Es, sin duda, un valor del humanismo técnico que falta todavía situar y aclarar... Será necesario renunciar al programa escueto del curso, dejar un tiempo y unos medios a disposición de los alumnos, para poderles exigir luego, cada cierto tiempo, a su ritmo, alguna obra que les pueda servir de estímulo y orientación para el espíritu creador.

Tales realizaciones, al igual que la pedagogía de la acción, suponen una concepción distinta de las relaciones entre profesores y alumnos. Hasta que los profesores no tengan el deseo de comprometerse en esta nueva línea, no podrá hacerse nada...

Cada estilo de enseñanza implica, en efecto, una imagen nueva del tiempo. Los promotores de este estilo han sido o no conscientes de ella. Cuando esta imagen coincide con la que tienen los alumnos, se establece una armonía entre ellos y sus educadores; cuando hay divergencia, surge la incomprensión, la ruptura, la imposibilidad de comunicación. Los conocimientos transmitidos aparecen sin relación con la vida, y, por tanto, sin interés, cualquiera que sea el método adoptado. Los jóvenes ya no se sienten interesados por lo que se les dice. Adoptan una actitud pasiva e independiente...

Una escuela cristiana ha de salir al encuentro del programa y de una mentalidad técnica... Así los alumnos experimentarán, poco a poco, que están llamados, no sólo a utilizar la civilización contemporánea y gozar de sus adelantos, sino también a su propia promoción. La escuela habrá formado en ellos el sentido de la responsabilidad y les habrá preparado a colaborar activamente con los que tienen la misma inquietud.

Finalmente, el otro aspecto sobre el que la escuela debe fijar su atención, en el camino del encuentro con las convicciones técnicas, es el del trabajo en equipo.

La era del individualismo que fue la del pensamiento burgués ha terminado. En adelante los jóvenes reconocerán que el hombre no puede utilizar los recursos de la técnica y entrar en el conjunto del mundo sin formar parte de unos equipos coherentes...

Si los jóvenes han aprendido a unirse espontáneamente entre ellos mismos en la escuela, han adquirido ya el sentido social... La complejidad de esta pedagogía y la constatación de ciertos fracasos, no debe detener a los responsables de los colegios a caminar por estos nuevos caminos. Hay que hacer un gran esfuerzo de reflexión, en torno a este aspecto, dentro de todas las escuelas cristianas. La mayor parte de ellas llevan la impronta de una estructura pedagógica diferente, la del individualismo burgués que exigía al alumno el trabajo individual, el sobresalir sobre los demás compañeros en las tareas escolares y evitar como faltas morales las ocasiones de trabajo en común (por ejemplo, la candente cuestión del copiar). Hace falta cambiar completamente la orientación y tomar la dirección contraria. Es ciertamente difícil y en algunos aspectos arriesgado, pero inevitable y urgente".

(André Brien; obra citada).

### **3.- Hacia una cultura de personalización y no de standardización:**

Es preciso desterrar de una vez la idea de que una cultura técnica, abierta a grandes posibilidades de avance, supone para la humanidad un peligro de inferioridad espiritual. Sin embargo, en una escuela técnica que posee la audacia de no ocultar su sentido cristiano, jamás puede olvidarse que el progreso de la técnica ha de estar en función del hombre y no al contrario:

"Una cosa hay cierta para los creyentes: La actividad humana individual y colectiva, o esa ingente masa de esfuerzos que ha realizado el hombre a lo largo de los siglos para mejorar el nivel de vida, considerada en sí misma, responde al plan de Dios...

La humana actividad, pues, como procede del hombre, al hombre se ordena. Pues el hombre cuando obra no sólo modifica las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo".  
(Gaudium et Spes, 34 y 35).

De esta concepción personalizadora de la actividad humana, podemos deducir algunas consecuencias a poner en práctica en la metodología escolar:

a)- Es necesario crear un sentido realmente humanístico de la técnica:

"Al considerar el problema de la técnica bajo el punto de vista del humanismo, nos vemos llevados de la mano a tomar posición en lo que se refiere a su valor ontológico y moral: desechando las concepciones según las cuales la técnica sería neutra o mala, nosotros le reconocemos un valor positivo porque transforma la materia bruta en materia inteligente y activa.

Pero, a pesar de eso, ante ella, el hombre debe guardar un equilibrio interior: debe considerar la actividad técnica como una de sus funciones y, por consiguiente, no tiene que relegar al olvido las otras facultades: debe hacer uso de los objetos técnicos como se hace de uno de los medios, y no buscarlos como fines en sí.

Este principio de uso práctico le inclinará a renunciar a la técnica a veces. Pero siempre le moverá a humanizarla ya sea dedicándola en mayor escala a sectores de paz, de concordia y bienestar para la humanidad, ya sea favoreciendo una mejor salvaguarda del trabajador en sus proyectos de reforma del armazón técnico actual.

En cuanto a la enseñanza, insistimos sobre la utilidad, sobre todo en nuestra época, de una enseñanza media de formación general, que con una andadura literaria, científica o técnica, sea de un humanismo abierto a todas las posibilidades del hombre y a todos los jóvenes".

(Jean Laloup y Jean Nelis; "Hommes et Machines").

b)- Una transmisión pedagógica de la técnica ha de tener en cuenta el sujeto concreto a quien se ha de transmitir:

"Los adultos dedicados a la educación social, bien sea como profesores, bien como educadores juveniles, deben ser los últimos en adoptar una opinión poco matizada de la conducta del adolescente. No pueden hacer suya la tesis de que todos los adolescentes son en realidad 'niños grandes', causando así o estimulando una conducta inmadura que los confirme en su propio punto de vista; ni pueden tratar a los jóvenes como si fueran adultos y después 'bajarles la nota' o sentirse molestos si no se portan como adultos en todos los detalles... Lo que el educador social tiene que llevar siempre en su mente es la diversidad y versatilidad del adolescente; lo que tenemos que captar es la diversidad de individuos, y los cambios constantes dentro de cada individuo...

Los adultos necesitan liberarse de la hipótesis de que los adolescentes son sus enemigos. Si los adultos logran evitar una actitud tan defensiva, los que acepten el puesto de educadores deberán estar preparados para afrontar ciertas repercusiones inesperadas. Porque cuando se ve en la adolescencia la época de la vida en la que puede desarrollarse la potencialidad de un individuo, toda la escala de valores personales e ideas del adulto queda mucho 'menos a cubierto'."

(Bernard Davies y Alan Gibson; "The Social Education of the Adolescent").

c)- Una escuela técnica de signo cristiano debe estar abierta dentro de sus posibilidades, a un sentido no restrictivo de la promoción humana:

Es indudable que la Escuela Profesional San Valero, tanto por su misión de cara al avance del progreso, como por el galardón de su propio prestigio, ha de atender con esmero a los mejor dotados intelectualmente y a aquellos jóvenes cuyos valores en el orden técnico o en virtudes humanas sean más relevantes:

"Descubrir los jefes naturales, los dirigentes, los precursores, preparar a los individuos que se revelan como trabajadores de espíritu preciso y firme, a fin de hacerlos hombres competentes es misión de la escuela por excelencia".

(A. Ferrière; obra citada)

Pero también es cierto que dentro de un margen de espíritu católico universalista, la Escuela deberá encontrar cabida a todos aquellos alumnos que, siendo normales en su constitución psíquica, no pertenezcan al grupo de los verdaderamente sobresalientes:

"Ha sido frecuente proponer la programación de la enseñanza en función de los más dotados intelectualmente. Muchos educadores comienzan a preguntarse si de este modo no estaremos excluyendo arbitrariamente de la cultura a muchos seres humanos que, poseyendo dotes menos sobresalientes, son sin embargo, capaces de verdaderos progresos. En otros términos: ¿Se debe subordinar la persona al programa, o por el contrario, el programa debe ser pensado en función de las personas?"

A medida que la instrucción se democratiza y difunde a todos los sectores sociales en el sentido de que deja de ser un monopolio o un privilegio de grupos muy selectos, en esa medida será preciso dar mayor amplitud y variedad a los niveles de enseñanza. Correlativamente, las posibilidades de acceso a los puestos de trabajo de la sociedad deberán ofrecer una mayor flexibilidad".

(Comisión Episcopal de Enseñanza, "La Iglesia y la Educación en España, hoy", 80).

"Hay que añadir..., un último punto de reflexión: el de los pobres no en medios económicos e intelectuales sino en resultados escolares, hay que pensar en ellos y hacer un esfuerzo de imaginación para recuperarlos... Hay que multiplicar...secciones capaces de evitar el abandono de los alumnos que no tienen otro defecto que el de no destacar en sus estudios.

Sería de desear que estas secciones tengan un esfuerzo positivo a través de métodos apropiados, y tal vez dedicando a ellas los mejores profesores para evitar que sean considerados como el grupo de los 'retrasados', sino que provoquen en sus alumnos el despertar de la inteligencia y el gusto por el estudio. Así la tónica general del colegio no disminuirá, sino que, por el contrario, se verá acrecentada por el esfuerzo hecho para salvar a los alumnos que rinden menos".

(André Brien; obra citada).

#### **4º.- Hacia un cristianismo que dé opción a un encuentro libre y responsable con el misterio de Cristo, y no se reduzca a un cultualismo impositivo:**

"Educar en la fe es algo más que desarrollar las facultades y capacidades del hombre: es ayudar a este hombre a dar una respuesta de adhesión libre y consciente, según su capacidad, a la Palabra de Dios, lo que implica una conversión personal".

(Comisión Episcopal de Enseñanza; Documento citado, 14).

En el ambiente materialista de nuestra época, una genuina interpretación práctica de la escuela cristiana, será un estilo de vida radicalmente cristiano:

"Con mucha frecuencia Dios es 'otra cosa', algo que está 'fuera', algo exterior, otro mundo, un ser desencarnado. En cambio, Jesucristo es realmente el hijo del Hombre; por tanto, no hay contacto posible con Dios fuera de la humanidad de Jesucristo.

Buscar a Dios en lo humano; empujar hasta el fin la calidad de nuestra vida cotidiana para que, en pleno corazón de la existencia humana, se abra una posibilidad de reencuentro con Dios y se manifieste su presencia encarnada que es Jesucristo: Este debe ser nuestro esfuerzo de cada instante, para con nosotros y con los jóvenes. Sin eso toda educación cristiana carecerá de importancia en este momento".

(Jean Vimort; obra citada).

Una escuela basada en el diálogo, en la libertad y en la responsabilidad, está testimoniando por sí misma los valores de su confesionalidad cristiana. Es cuando prepara la tarea de preevangelización. Todo esto es más difícil que el autoritarismo impositor. Y sin embargo, más a largo plazo y con el tesón que requiere la tarea pedagógica, profundizaría mucho más en las motivaciones humanas de nuestros educandos. En un marco donde los principios cristianos brotan de la convivencia cotidiana y no se reciben tan sólo en las 'pláticas', la Escuela se convertiría en un verdadero laboratorio comunitario de vida en donde se facilitara a los aprendices el sentido de su vocación al trabajo:

"Porque tampoco hay que olvidar esto al presentar la doctrina cristiana de la salvación: en su conjunto, es decir, en la medida en que constituye una jerarquía de almas -que no aparecen sino sucesivamente, que no se desarrollan sino colectivamente, que no se terminarán sino unitariamente-, el Mundo también experimente una especie de vasta 'ontogénesis' con respecto a la cual el desarrollo de cada alma, a favor de las realidades sensibles, es sólo un armónico reducido. Bajo nuestros esfuerzos de espiritualización individual, a partir de toda la materia, se va acumulando, lentamente, lo que convertirá al Mundo en la Jerusalén celeste o Tierra Nueva".

(Teilhard de Chardin; "Le Milieu Divin").

Sobre estas bases puede abrirse paso toda la acción propiamente catequética y pastoral que la Conferencia del Episcopado ha dictado para los centros de Formación Profesional y cuyos principales rasgos copiamos a continuación:

"Una acción catequética para este momento de la evolución psicológica del adolescente, debe tener en cuenta que esa etapa, y su correspondiente catequesis, ya no se caracteriza únicamente por el descubrimiento del mundo y la designación de sus realidades, sino por la incorporación de aspectos más fundamentales de la vida: la objetivación de los valores y la existencia de comportamiento comunitarios, el primer contacto con las exigencias del desarrollo, el nivel técnico y los hábitos de conducta del mundo adulto, etc... Particularmente es importante el hecho de que, incluso en los estudios, sobre todo en el sector de las enseñanzas profesionales, ya se da una orientación hacia lo que será el compromiso profesional en el mundo de los adultos...

Será preciso llevar adelante una política de mejoramiento de los libros de texto y demás material escolar. Será necesario, sobre todo, desarrollar un esfuerzo considerable en orden a la preparación de educadores en número y calidad suficientes, a la medida de las actuales necesidades.

La enseñanza de la doctrina revelada a los adolescentes y jóvenes debe orientarse de modo que la presentación del mensaje cristiano les permita descubrir de manera personal, a la luz de la fe, el sentido último de las realidades fundamentales de la vida humana de las que ellos son protagonistas: la amistad, la sexualidad, el trabajo, el dolor, la muerte, la injusticia, el pecado...

Es necesario, además, que la acción pastoral, por su parte, proponga o suscite otras actividades de tipo apostólico, social y cultural, que puedan ser realizadas por grupos de jóvenes dirigidos por ellos mismos en un clima de libertad, y con la presencia respetuosa de educadores adultos -sacerdotes y seglares- que sean capaces de realizar juntamente con aquéllos, la profundización de la vida de fe, y el desarrollo de una creciente responsabilidad personal. Es preciso ponerles en condiciones de hacer suyo el sentimiento cristocéntrico de la vida.

La formación religiosa de los jóvenes no puede realizarse sólo dentro del aula o del centro escolar".

(Comisión Episcopal de Enseñanza; Documento citado; 29, 30 y 31).

Terminamos estas reflexiones -de las que bien puede perdonarse su extensión por el esfuerzo esperanzador que supone su contenido- con una frase conciliar muy directa para quienes profesan su vocación de educadores: **"Con razón podemos juzgar que el porvenir de la humanidad está en manos de aquéllos que sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar"**.

(Gaudium et Spes, 31).

## **BIBLIOGRAFÍA (1)**

- Concilio Vaticano II:
- Gravissimum Educationis  
(Declaración sobre la educación cristiana).
  
  - Apostolicam Actuositatem  
(Decreto sobre el apostolado seglar).
  
  - Gaudium et Spes  
(Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual).
- Encíclicas Pontificias:
- Pío XI: Divini Illius Magistri.
  
  - Pablo VI: Ecclesiam suam.  
Populorum Progressio.
- Conferencia del Episcopado español:  
Comisión de Enseñanza y Educación Religiosa:
- La Iglesia y la Educación en España, hoy.  
(Madrid, 1969).

## **BIBLIOGRAFÍA (2)**

### **AUTORES Y OBRAS:**

- Adler, A.      Understanding Human Nature.  
                  (En castellano: Conocimiento del Hombre. Espasa Calpe, 1957)
- Der sinn des lebens.  
                  (En castellano: El sentido de la vida. Miracle,1970)
- Bosco, San Juan. Ideario pedagógico.  
                  (Recopilación castellana de R. Fierro. BAC. 1955)
- Brien, A.      Le monde technique, l'ecole et la foi.  
                  (En castellano: La educación cristiana en un mundo tecnificado.  
                  Marova, 1971).
- Davies, B. y Gibson, A. The social Education of the Adolescent.  
                  (En castellano: La educación social del adolescente.  
                  Sígueme, 1972).
- Ferrière, A.    L'ecole active.  
                  (En castellano: La escuela activa. Studium, 1971)
- Fromm, E.     El corazón del hombre.  
                  (Edición castellana editada en Méjico, 1966)
- Laloup, J. y Nelis, J. Hommes y Machines.  
                  (En castellano: Hombres y Máquinas. Dinor,1959)
- López Ibor, J.J. Carta al padre. Punto y aparte, 1962)
- Spiel, O.      Am Schaltbrett der Erziehung  
                  (En castellano: Disciplina sin castigo. Miracle,1969)
- Teilhard de Chardin, P. L'Avenir de l'homme.  
                  (En castellano: El Porvenir del hombre. Taurus, 1964)
- Le Milieu Divin.  
                  (En castellano: El Medio Divino. Taurus, 1967)
- Vimort, J.     Miser sur la liberté.  
                  (En castellano: Educar para la libertad. Marova, 1971)